

Un encuentro: Altuna y Rousseau

José María Urkía Etxabe

RSBAP. Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea

La historiografía relativa a la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, se ha ocupado de forma reiterada y ha ensalzado la modélica y privilegiada amistad entre el "Caballero" Altuna y el ginebrino Juan Jacobo Rousseau¹. Esa amistad entre dos personalidades tan distintas ha suscitado reflexiones y comentarios, generalmente elogiosos, pero también ha sido objeto de polémica en el seno de la Bascongada. A este respecto hay que recordar aquí un cruce de artículos en el periódico donostiarra "El Diario Vasco", en los meses finales de 1962 y enero de 1963, entre Joaquín de Yrizar y Juan Antonio de Olazabal². Si bien Olazabal califica la relación epistolar pública que mantuvo con Yrizar de "parsimonioso diálogo", en realidad fue una agria polémica acerca de la ortodoxia de Altuna, las ocultas razones del proyectado, y nunca realizado, viaje de Rousseau a tierra vasca, los problemas con la Inquisición y otras cuestiones, basándose Olazabal en el historiador de Carlos IV,

¹. Iriarte, Joaquín, S. I.: *Ser y saber modernos. El Conde de Peñaflorida y la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País. (1729-1785)*. Estudio Histórico-Social y Filosófico. Colección Ilustración Vasca, IV. Donostia-San Sebastián, 1991. 353 pp. Urquijo e Ibarra, Julio de: "Un juicio sujeto a revisión Menéndez Pelayo y los Caballeritos de Azcoitia". Edición de José Ignacio Tellechea Idígoras, con prólogo y apéndices. Tomo X. Colección Ilustración Vasca. Donostia-San Sebastián, 1996.

². Yrizar, Joaquín de: *Rousseau y Manuel Ignacio de Altuna*, El Diario Vasco, San Sebastián, 27 de septiembre de 1962; *Rousseau y Manuel Ignacio de Altuna*, El Diario Vasco, San Sebastián, 3 de noviembre de 1962; *Rousseau y Manuel Ignacio de Altuna*, El Diario Vasco, San Sebastián, 17 de enero de 1963. Olazabal, Juan Antonio de: "Más sobre "Los Caballeritos de Azcoitia"; *Rousseau, Altuna, Muriel y Urquijo*", El Diario Vasco, San Sebastián, 18 de octubre de 1962; "Los Caballeritos de Azcoitia", *Rousseau, Altuna, Muriel y Godoy*", El Diario Vasco, San Sebastián, 4 de enero de 1963.

Andrés Muriel y trayendo a colación a Urquijo, Marañón y Feijoó, entre otros. Recientemente, y cito lo último, se han ocupado de Altuna, Adrián Celaya y Juan Ignacio de Uría. Celaya³ elogia al “Caballerito” Manuel Ignacio de Altuna y lo define como “*Un Caballerito Tolerante*” y nos lo ofrece como modelo para la Bascongada de hoy día, lugar de encuentro de personas de distintos credos y convicciones pero unidas por el bien del País, y con ocasión de la “*Educación en los Derechos Humanos*”, propiciada por Celaya y la Comisión de Bizkaia, en Asamblea Deliberante, el 20 de noviembre de 1999. Uría en un magnífico libro⁴, lleno de entusiasmo, precisión de datos e ideas, fina erudición, edición bilingüe, castellano-inglés, ofrece datos muy interesantes acerca de Altuna, basado, en muchas ocasiones, en el testimonio autorizadísimo de su padre, Trino de Uría.

Apunte biográfico de Manuel Ignacio de Altuna y Portu.

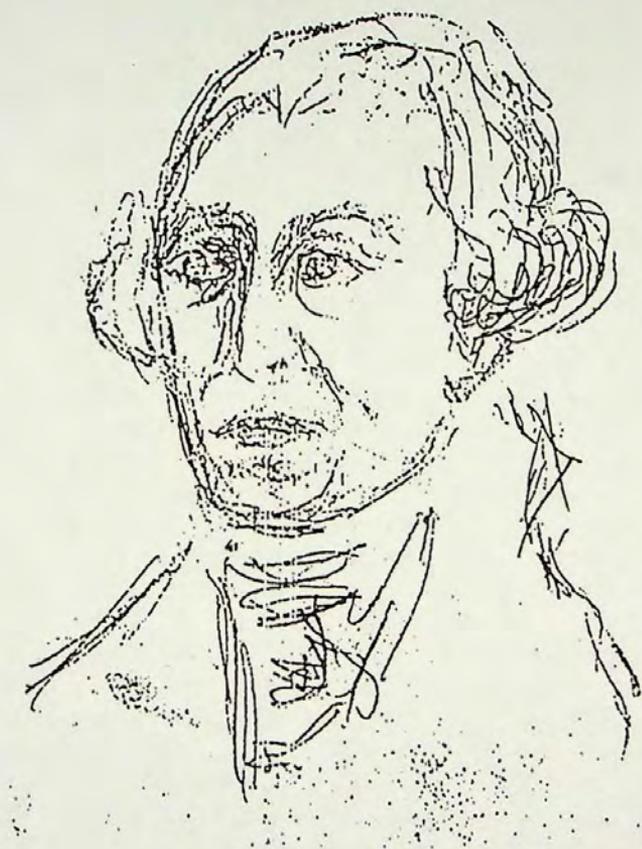
Nació nuestro caballero en Azcoitia el 3 de septiembre de 1722 y murió, joven, en 1762, el 27 de mayo, un año antes de que Peñafiorida anunciase su proyecto societario de la Bascongada, que tiene su origen en aquellas tertulias en Insausti, en la que nuestro Altuna tuvo singular protagonismo. Por eso su nombre figura en moldes de oro en el triunvirato fundador de la Real Sociedad Bascongada, junto al Conde Peñafiorida y al Marqués de Narros. Cursó estudios en el Seminario de Nobles de Madrid después de pasar por el colegio de los Jesuitas de Azcoitia. Es de todos conocido su fecundo viaje por Italia –Venecia, Nápoles y Roma– y su estancia en París. Cinco años fuera de su tierra y su archiconocida amistad con el filósofo Rousseau, cuyas consecuencias han permitido elucubrar acerca de la religiosidad de Altuna y de la ortodoxia de Peñafiorida y sus amigos, en fin, de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País en su etapa fundacional. Regresó a Azcoitia y señala Urquijo, que previo convenio con su madre, y con su consentimiento, aunque mayor de edad, se casó a los 27 años con Doña María Brígida de Zuloaga, en la ciudad de Fuentarrabía, en 1749. Se trasladaron a vivir a Azcoitia, con su madre, en la casa Zornoitioizaga, llamada más tarde de Altuna Portu y tuvo un hijo y una hija. Fue procurador juntero como representante de Hondarribia y más tarde Diputado Foral.

Retrato de Altuna por Rousseau.

Es ya célebre el retrato que hizo Rousseau en sus “*Confesiones*” de su amigo Altuna. Merece la pena, por ser el meollo de la cuestión, la lectura de esas páginas,

³. Celaya Ibarra, Adrián: “*La Educación en los Derechos Humanos. La Tolerancia*”. Reunión de la Asamblea convocada por la Comisión de Bizkaia el día 20 de noviembre de 1999. Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País-Euskalerrriaren Adiskideen Elkarte. Bilbao. 47 pp.

⁴. Uría y Epelde, Juan Ignacio de: “*Los Amigos del País, Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País*”, edic. bilingüe, inglés-castellano. Coinpasa. 1998.



Ignacio de Altuna

por otra parte bien conocidas por los Amigos de esta Sociedad Bascongada. Pero antes, quisiera comentar que, a mi juicio, la amistad entre ambos se puede condensar en la, también, conocida frase de Montaigne, que da cuenta de la razón de su amistad con La Boétie: "Somos amigos porque él era él, porque yo era yo", y añade Pedro Laín,⁵ certeramente, "y porque él y yo éramos nosotros; un nosotros en el sentido estricto de un estrecho "tú-y-yo" o en el más distante de un "él-y-yo". De manera muy sutil, el idioma francés coloquial distingue entre el "nous" y el "nous deux". En castellano algo similar se quiere decir con la expresión "nosotros dos". Sería, pues, una amistad en la que cada uno es lo que es, pero en cualquier caso "la tendre amitié, qui hait la multitude", en un verso de Lamartine.

Pero volvamos a Rousseau y leamos su texto, dice así:

"Ignacio Manuel de Altuna —escribe en sus Confesiones,— era uno de esos raros hombres que solo España produce, y de los cuales produce demasiado pocos para su gloria. No tenía esas violentas pasiones nacionales comunes en su país; la idea de la venganza no podía entrar en su espíritu, así como tampoco el deseo en su corazón. Era demasiado orgulloso para ser vengativo, y á menudo le oí decir, con mucha sangre fría, que ningún mortal podía ofender su alma. Era galante sin ser tierno. Jugaba con las mujeres como si fueran niños hermosos. Se complacía con las amigas de sus amigos: pero jamás le conocí ninguna, ni deseo de tenerla. Las llamas de su virtud que devoraban su corazón no permitieron nacer á las de sus sentidos. Después de sus viajes se casó: murió joven: dejó hijos; y estoy persuadido, como de mi existencia, que su mujer es la primera y la única que le hizo conocer los placeres del amor. Al exterior era devoto como un español, pero por dentro tenía la piedad de un ángel. Fuera de mí mismo, no he visto desde que existo á nadie tan tolerante como él. Nunca se informó de cómo pensaban los demás en materia de religión. Que su amigo fuera judío, protestante, turco, devoto, ateo, poco le importaba, con tal de que fuera un hombre honrado. Obstinado, testarudo en asuntos indiferentes, en cuanto se trataba de religión aun de moral, se recogía, se callaba ó decía simplemente: Yo no tengo que responder más que de mí. Es increíble que se pueda asociar tanta elevación de alma con un espíritu de detalle llevado hasta la minucia. Repartía y fijaba de antemano el empleo de su jornada por horas, cuartos de hora y minutos, y seguía esta distribución con tal escrúpulo, que si la hora hubiera sonado mientras que leía una frase, hubiera cerrado el libro antes de acabar. De todas estas medidas del tiempo así repartidas, había algunas para tal estudio, había otras para tal otro; las había para la reflexión, para la conversación, para el oficio, para Locke, para el rosario, para las visitas, para la música, para la pintura; y no existía placer, ni tentación, ni entretenimiento que pudiera alterar este orden: solo un deber que cumplir hubiera

⁵. Laín Entralgo, Pedro: "Sobre la amistad". Colección Austral, Madrid, 1985. Prólogo de Diego Gracia.

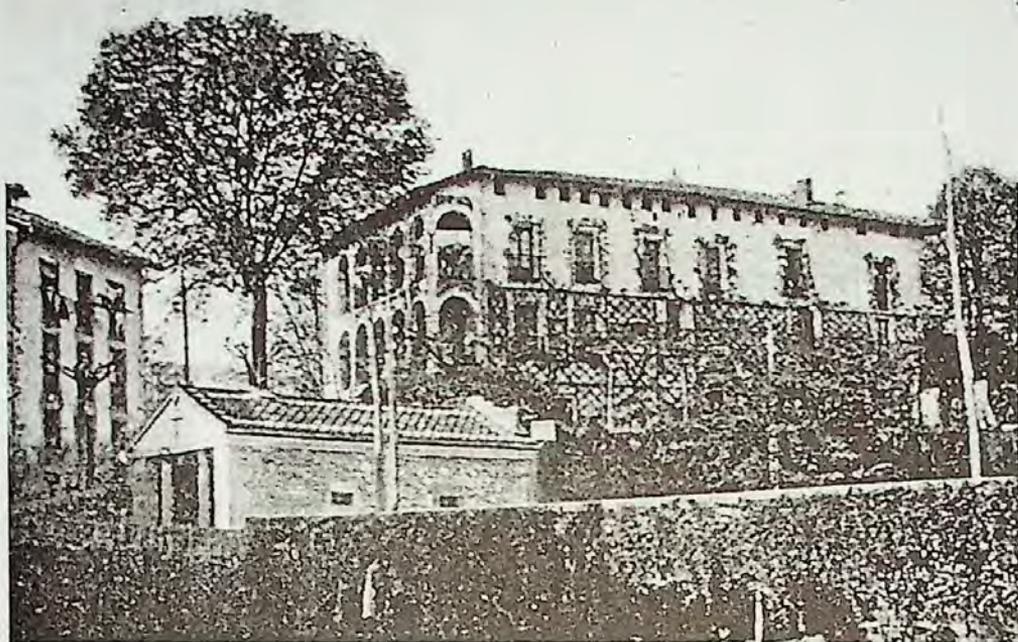


J.-J. ROUSSEAU



Palacio de Insausti a mediados del siglo XX. Fotografía realizada por José Antonio de Uría.

podido alterarlo. Cuando me mostraba la lista de sus distribuciones, para que me conformase a ellas, comenzaba yo por reirme y acababa por llorar de admiración. Jamás molestaba á nadie, ni soportaba la molestia; era brusco con los que, por etiqueta, querían molestarle. Era arrebatado, sin ser picajoso. Le he visto a menudo colérico, pero jamás enfadado. Nada había tan alegre como su genio: entendía de bromas y le gustaba bromear: hasta lucía en ellas, y tenía talento epigramático. Cuando se le animaba era ruidoso y alborotador con sus palabras, su voz se oía de lejos; pero mientras gritaba, se le veía sonreír y en medio de sus arrebatos se le ocurría alguna palabra divertida que hacía estallar de risa á todo el mundo. No tenía el color de la tez español, ni el temperamento. Tenía el cutis blanco, las mejillas sonrosadas, el pelo de un castaño casi rubio. Era grande y bien proporcionado. Su cuerpo estaba formado para albergar su alma. Este sabio, así de corazón como de cabeza, conocía los hombres y fue mi amigo. Es toda mi respuesta á quien quiera que no lo sea. Nos unimos tan bien, que formamos el proyecto de pasar nuestros días juntos. Debía yo, dentro de algunos años, ir a Azcoitia para vivir con él en su tierra. Todas las partes de este proyecto se arreglaron entre nosotros la víspera de su partida. Solo faltó lo que no depende de los hombres en los proyectos mejor concertados. Los acontecimientos posteriores, mis desastres, su casamiento, su muerte, en fin, nos separaron para siempre".



Casa Altuna-Portu.

Entresijos y consecuencias de esa amistad.

La relación amistosa de Altuna y Rousseau ha estado rodeada, como se dijo, de una extraordinaria polémica. Cierta sector ha mantenido que la mala opinión de la religiosidad de Altuna y de crítica de heterodoxia acerca de la Bascongada y sus Caballeros fundadores está basada, entre otras cosas, en la relación que Altuna mantuvo con Rousseau y el proyecto de instalarse éste en Azkoitia, para filosofar juntos, cosa que no sucedió por distintos motivos, como se verá. Poniéndonos en la época, podemos pensar que la fascinante aventura de Peñafloreda chocara, como lo hizo, con sectores de la Iglesia y recibiera críticas despiadadas, baste recordar al Padre Isla y a Menéndez y Pelayo, en sus *"Heterodoxos"*. Frente a estas acusaciones de heterodoxia, están los escritos de Julio de Urquijo, Uría, Tellechea y Joaquín de Yrizar, que han colocado las cosas en su sitio.

El inicio de la amistad se sitúa el 5 de septiembre de 1743, en Venecia, en donde se conocen y se tratan hasta del 22 de agosto de 1744. Altuna deja la ciudad de los canales y le espera a Rousseau, en París: *"Il y etait et m' attendai quand j'ai arrivé. Son logement etait trop grand pour lui il me offrit la moitié: je l'acceptai"*. Allí hicieron el plan de venirse a vivir a Azcoitia, para filosofar juntos, en Portu.

El viaje que nunca se hizo.

Ha tenido tintes de mito el supuesto, y creído por algunos, viaje de Rousseau a Azcoitia, a casa de Altuna, para filosofar juntos.

Hay una primera cuestión, el viaje nunca se produjo, a su alrededor se tejió toda una leyenda de tintes románticos. El historiador Muriel, detractor de alguna manera de Altuna, se equivocó al afirmar que el lugar al que había sido invitado Rousseau era Urrestilla, a la casa de Ibarluze, perteneciente a la familia Narros.

Altuna invitó a Rousseau en dos ocasiones, la primera, ya aludida, en 1745, cuando el ginebrino se enfada con sus amigos de París y se refugia en la habitación del caballero gipuzkoano.

¿Era cierto el interés de Rousseau de visitar y vivir en Azcoitia? Parece que no. Se alude aquí a la famosa carta que el filósofo dirige a Madame de Warens, en la que explica: "*Ce bon et genereaux ami est un gentilhomme espagnol assez a son aise qui me presse d'accepter un azile dans sa maison, pour y philosopher ensemble le reste de nos jours. Quelque conformité de goûts et des sentiments qui me lie a lui, je ne prens point au mot et je vous laisse a deviner pourquoi?*".

En realidad pudo ser esa causa pasional o liviana la que le ataba a París y no había intención real de tal viaje.

La historiografía ha especulado, asimismo, que fue la Inquisición la que puso pegas para el viaje de Rousseau. Se le pediría al ginebrino que se retractase de sus opiniones y que en un futuro no volviera a escribir, a tenor, de su pensamiento poco ortodoxo. También se dice que fue Narros quien trató de suavizar la postura Inquisitorial y que, si bien algunos de los libros del filósofo estaban en la lista de prohibidos, todavía, por aquellas fechas, Rousseau no había redactado lo esencial de su obra escrita.

Hubo una segunda invitación de Altuna, en 1748, así se desprende de la carta de Rousseau a Altuna fechada en París en ese año. Dice Urquijo que Altuna, en vísperas de casarse renueva la invitación; pero aquí el rechazo del filósofo ginebrino pudo tener razones de índole religiosa. Existen varias cuestiones para comentar. Afirma Uría y se apoya en la autoridad de su padre Trino de Uría, que Altuna, a la vuelta a su hogar, casarse y tener cargos políticos, va cambiando de carácter y pensamiento. Hay un factor determinante: el deterioro en su salud y la relación, cada vez más estrecha con el estrecho círculo de jesuitas en la línea jansenista que conoce desde su propio entorno familiar. Se va separando del pensamiento de Peñaflorense y Narros, incluso se vuelve más moralista e integrista que el propio Larra-mendi y como Alcalde tomará medidas radicales, en la línea de Mendiburu: suprimir el tamboril y las romerías de San Juan.

¿Trató Altuna de convertir a su fe a su amigo Rousseau?

Mucho se ha hablado de ello. El filósofo muere en 1778, Altuna años antes, pero en 1748, estando enfermo el ginebrino, trata el Caballero Gipuzkoano de atraerlo a su fe católica. Merece la pena la carta que desde París le remite, el 30 de junio de ese año, contestación a otras del gipuzkoano.

A. M. Altuna

París 30 de Junio de 1748

¡A que ruda prueba pone usted mi virtud al recordarme sin cesar un proyecto que era la esperanza de mi vida; Necesitaria, más que nunca, su ejecución para consuelo de mi pobre corazón abrumado de amargura, y para el reposo que pedirían mis achaques; pero, ocurra lo que quiera, no compraré una felicidad con un cobarde disfraz hacia un amigo. Conoce usted mis sentimientos sobre cierto punto: son invariables, porque están fundados en la evidencia y en la demostración, que son, cualquiera que sea la doctrina que se abraza, las solas armas que se tienen para establecerla. En efecto: aunque mi fe me enseñe muchas cosas que están por encima de mi razón, es, primeramente, mi razón la que me ha forzado a someterme a mi fe. Pero no entremos en estas discusiones. Usted puede hablar y yo no puedo. Esto pone una gran ventaja de vuestro lado. Por otra parte, buscáis, por celo, sacarme de mi estado y yo me hago un deber de dejaros en el vuestro, como ventajoso para la paz de vuestro espíritu, e igualmente bueno para vuestra felicidad futura si estáis de buena fe, y si os conducís según los divinos y sublimes preceptos del Cristianismo. Veis, por consiguiente que, de todas maneras, la disputa sobre este punto esta prohibida entre nosotros. Por lo demás, tened bastante buena opinión del corazón y del espíritu de vuestro amigo para creer que ha reflexionado más de una vez sobre los lugares comunes que le alegais, y que su moral de los principios, si no es la de su conducta, no es inferior a la vuestra, ni menos agradable a Dios. Estoy, por lo tanto, invariable en este punto. Ni los más horribles dolores, ni las cercanías de la muerte, tienen nada que no me afirme, que no me consuele, en la esperanza de una felicidad eterna que espero compartir con usted en el seno de mi Criador.

A modo de conclusión diremos que realmente fue una gran amistad la que unió a Rousseau con el Caballero Altuna. Cada uno tuvo trayectorias vitales muy distintas que condicionaron su reencuentro. Altuna, su vida en Azcoitia, casado y con cargos políticos. Rousseau se unió a Therese Levasaur con la que tuvo hijos, luego su éxito en la Corte, sus libros, nuevas orientaciones.

Dos hombres distintos, cada uno con su forma de pensar, con su fe, pero amigos, *"parce que lui était lui et moi était moi, et tous les deux ensemble"*.